

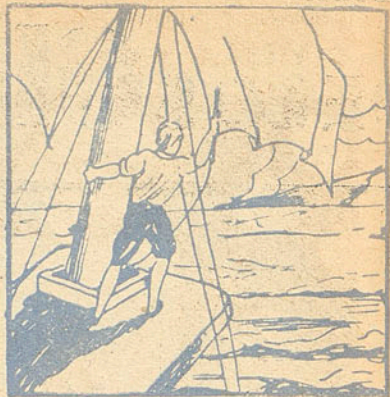
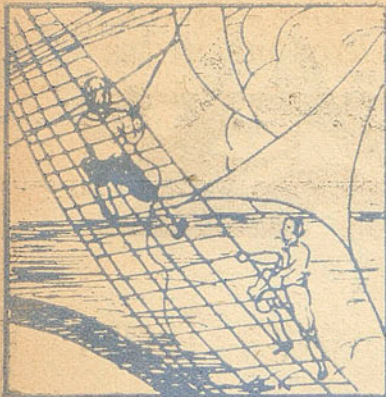
ALADINO EN EL PAIS DE LOS GIGANTES



Chaycón
Revista infantil

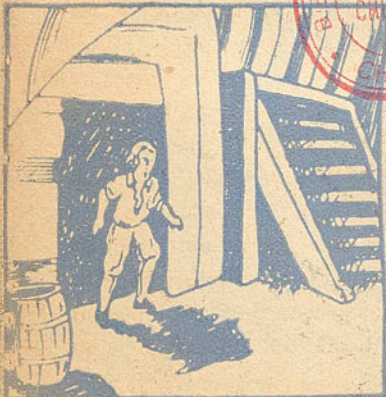
Nº 27
Año 1





1.—Fueron varios días de dura pelea con la tempestad. Cuando vino el buen tiempo, se pensó en hacer escala en alguna parte.

2.—Pero, mientras buscaban una caleta, sobrevino otra tempestad; Horrible angustia de todos. Un marinero gritó de repente: "¡Tierra!"



3.—El capitán salió de su camarote para reconocer el paraje en que se hallaban. Entonces el barco encalló violentamente en un banco de arena.

4.—La mar azotada con furia a la encallada embarcación. El capitán no sabía en qué tierra se hallaban. Era necesario pensar en salvar la vida.

En el próximo número: "EN LA



Redacción y Administración: — Agustinas 1639. — Casilla 2787

REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES



Chascón contra Tarzán

Episodio N.º 27

A todo esto, el gigante despertó y comenzó a rascarse la cabeza. Sintió un furor loco contra Tarzán, por haberle hecho pelear contra Chascón, que era más fuerte que él.

—Me comeré vivo a Tarzán en cuanto lo encuentre — se dijo el gigante. Debo vengarme de que haya sido el causante de la primera derrota de mi vida.

Dijo esto y comenzó a subir, tambaleándose, la escalera del castillo. De esta manera llegó hasta la sala en que Chascón se estaba despidiendo del anciano y de su hermosa sobrina.

—No vengo a pelear contigo, Chascón — le dijo el gigante. Yo vengo en busca de Tarzán, para darle una paliza por

haberme obligado a pelear contigo.

Chascón sonrió y le dijo:

—Retírate cuanto antes. No tengo nada que hacer contigo, gigante ridículo.

Al verlo tan enojado, el gigante echó a correr. Chascón pudo, pues, despedirse tranquilamente de sus amigos. En seguida salió al camino.

No había andado cien pasos cuando vió al gigante, que descansaba tendido al pie de un árbol.

—¿Qué haces aquí? — le preguntó Chascón. — No quiero verte más.

Entonces el gigante se le acercó y rogóle con lágrimas en los ojos que le permitiera acompañarlo.

—Puedo servirte enormemente — le dijo. No me alejes de tu lado. Quiero ayudarte a buscar a Tarzán y te suplico que, apenas lo encontremos, me permitas darle unos cuantos golpes en la nariz.

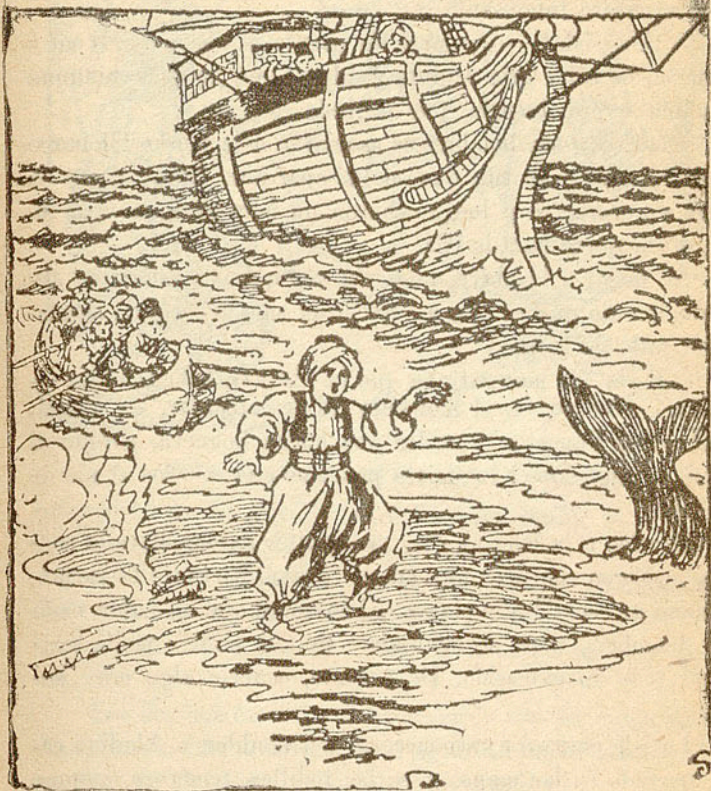
Chascón pensó un rato y después le contestó:

—Si quieres andar en mi compañía, anda y consíguete unos caballos. Se alejó y al cabo de una hora regresó con dos lindos caballitos.

—Está muy bien — le dijo Chascón. Me acompañarás, ya que tanto me lo pides.

(No deje de ver la continuación de esta serial en las páginas centrales)

Aladino en el país de los gigantes



Habían encendido la hoguera en el lomo de la ballena.

Un día Aladino se despidió de su hermosa princesa Badrul-Badur y emprendió un largo viaje. Se embarcó en su propia nave y tomó la ruta del Oeste, pues deseaba explorar el

mundo que, en aquella época era muy poco conocido.

Durante varias semanas el barco siguió el mismo rumbo, pero sin que a Aladino o a sus hombres les ocurriese ninguna aventura interesante.

— ¡Una isla! — exclamó de pronto el vigía. — Es muy pequeña, de color gris verdoso y, al parecer, no tiene ninguna montaña o prominencia, por pequeña que sea.

Aladino y sus hombres se asomaron a la borda del barco y contemplaron la isla que se les aparecía. Aladino, dió la orden de acercarse y luego echaron un bote al agua y, a remo, se encaminaron a la isla.

Al llegar a la playa, pudieron ver que era estéril en absoluto, puesto que en ella no crecía un solo árbol y ni siquiera un tallo de hierba.

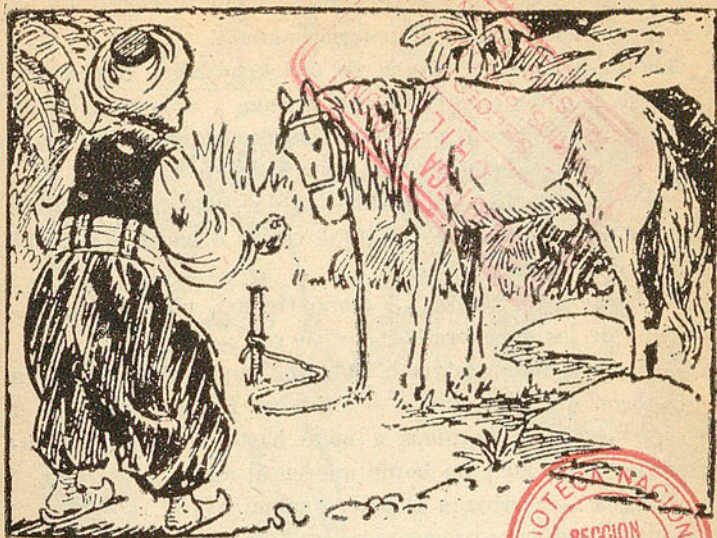
— Es la isla más extraña que he visto en toda mi vida — exclamó Aladino, en el momento de desembarcar. — Venid, muchachos. Vamos a encender una buena hoguera, porque el viento es muy frío. Ni siquiera podemos guarecernos al pie de un árbol.

Gracias a la leña que los navegantes habían llevado consigo, pudieron encender una buena fogata. Mientras lo hacían, Aladino se decidió a explorar el islote, aunque no había nada que descubrir, pues de cualquiera de sus puntos podía examinar toda su extensión. De pronto, ocurrió algo muy curioso.

La isla empezó a estremecerse y a temblar y Aladino cayó, apoyado en las manos y en las rodillas, temeroso, aunque no sabía de qué.

— ¡Un terremoto! ¡Un terremoto! — gritaron los marineros. — ¡Al bote! ¡Al bote!

Todos, a excepción de tres, se embarcaron y, no atreviéndose a continuar cerca de aquella isla, que se movía, empezaron a remar a toda prisa. Mientras tanto, la isla continuaba



Había un vigoroso caballo atado a una estaca.

Estremeciéndose y temblando del mismo modo, y de repente Aladino comprendió lo que era.

— ¡Es una ballena! — gritó alarmado. — Hemos encendido una hoguera en el lomo de una ballena, y, al sentir la quemadura, ha empezado a estremecerse de rabia y de dolor.

Los dos hombres abandonados en la isla, en unión de Aladino, pronto fueron arrojados al agua. Luego el mismo Aladino trató de alejarse a nado del irritado animal.

De pronto, la ballena se fijó en el barco y, revolviendo en el agua su enorme cuerpo, empezó a nadar en su dirección. El bote había llegado ya a la nave y sus tripulantes se encaramaron por una cuerda, poniéndose en seguridad. Y apenas lo hubieron hecho, cuando vieron que la ballena, se dirigía hacia el buque, de manera que el patrón se apresuró a ordenar

que izasen las velas para huir, ayudados por el viento, en su desecho de evitar el ataque del enorme animal.

Aladino y sus dos compañeros, que se hallaban en el agua, vieron que el barco emprendía rápida fuga y aunque gritaron con toda la fuerza de sus pulmones, hasta quedarse roncacos y sin aliento, el barco desapareció en breve a lo lejos.

—Perfectamente — dijo Aladino que, nadando, se había acercado a sus compañeros. — ¿Qué vamos a hacer? ¿Volverá el barco a recogernos?

—¡Estamos perdidos! — gimió Gehazi, pues así se llamaba uno de los marineros.

—A corta distancia veo el bote del buque, abandonado en la prisa con que han huído — exclamó Hassan, que era el otro marinero. — Vayamos a nado hasta él, porque siempre estaremos mejor a su bordo que en el agua.

Los tres se acercaron al bote y subieron a él.

—Hay aquí provisiones para tres días — observó Aladino, después de hacer un registro en el bote. — Ahora conviene que rememos hacia el Oeste, porque tal es la ruta que siguió nuestro barco.

Los tres empuñaron los remos y, por espacio de tres días, navegaron hacia el Oeste, aunque no pudieron descubrir su nave. Al cuarto día, cuando habían consumido sus provisiones, tuvieron la suerte de ver una tierra hacia el Sur. Muy esperanzados, remaron en aquella dirección y en breve llegaron a una isla, cuyos altos acantilados se divisaban desde larga distancia.

Desembarcaron, vararon luego el bote a cierta distancia de la orilla y luego, como estaban derrengados, se tendieron en el suelo y se quedaron dormidos.

Al despertar salieron en busca de algo que comer y hallaron algunas frutas que devoraron, porque estaban hambrientos. Ya calmada, en parte, su hambre, subieron despacio por un



Oyeron la llegada del gigante

émpinado acantilado, porque no existía otro camino en la playa en que habían desembarcado.

Les costó un día entero llegar a la cumbre y una vez en ella observaron que desde allí no podían ver cosa alguna a causa de la espesura de las copas de los árboles.

Aladino se encaramó en uno de ellos y miró en la dirección que siguieran al llegar. A lo lejos se elevaban unas montañas, mas, al parecer, no había casas en ninguna parte. Ala-

dino bajó al suelo y dijo que, toda vez que no había hombres por ninguna parte, más valía encaminarse a aquellas montañas.

Echaron a andar, pero, antes de que se hubiesen alejado mucho, oyeron un extraño ruido. Suavemente se acercaron al lugar de donde parecía proceder y allí vieron algo muy curioso. Era un gigante tendido en el suelo.

Tenía un ojo enorme en medio de la frente, aunque entonces estaba cerrado porque el gigante dormía. Roncaba con tal fuerza, que Aladino tuvo que hablar a gritos a sus hombres para hacerse oír.

—Ese gigante parece ser malvado. ¡Desdichados de nosotros si hemos venido a parar a una tierra de gigantes!

—Mira — contestó Hassan señalando a un lado de la cañada donde dormía el gigante.

Atado a un poste estaba un magnífico caballo. No era proporcionado a la estatura del gigante, pero el animal era tan vigoroso, que aun el peso enorme de su jinete no había de parecerle mayor cosa. Aladino, al verlo, formuló inmediatamente un plan.

—Montaremos el caballo y nos alejaremos — dijo. — Si el gigante se despierta y nos encuentra aquí, podemos darnos por perdidos.

Así, los tres hombres montaron rápidamente aquel vigoroso caballo y se alejaron mientras el gigante seguía roncando, pues estaba profundamente dormido.

Los tres naufragos continuaron alejándose y el caballo los llevaba sin ninguna fatiga y como si supiera ya el camino que les convenía tomar.

Pronto llegaron a las lejanas montañas y, una vez se vieron en la cumbre de una de ellas, Aladino pudo divisar los tejados de algunos palacios y unas altas torres, y supo que el gigante había salido de aquella población.

—Debemos abstenernos de entrar en el pueblo — dijo a sus compañeros — porque, si lo hiciésemos, los gigantes se apoderarían de nosotros. Vale más tomar otra dirección, con la esperanza de hallar gente más parecida a nosotros mismos.

Tiró de las riendas del caballo, pero el animal no hizo ningún caso, sino que siguió avanzando hacia el pueblo. Aladino le dirigió unas palabras coléricas y tiró nuevamente de las riendas, mas no le fué posible obligar al animal a que tomase otra dirección.

—No tenemos más remedio que apearnos — dijo al fin.— Con toda seguridad este caballo ha sido enseñado a llevar a sus jinetes al pueblo de los gigantes, pero nosotros no tenemos ninguna necesidad de ir al encuentro de nuestra muerte.

Se apearon de un salto y rodaron por el suelo; el caballo, al verlo, se sobresaltó. Detúvose y se volvió a mirarlos. Al ver que no parecían dispuestos a montar de nuevo en él, continuó su camino hacia el pueblo y al fin desapareció.

Aladino encontró una cueva y allí se metieron a descansar. Luego se levantó la luna, muy brillante, e inundó el valle con su plateada luz.

Como Aladino no podía dormir, salió a la entrada de la cueva y miró al exterior. En breve oyó un ruido semejante a un silbido y se preguntó qué podría ser. Miró a derecha e izquierda, y, de momento, no pudo ver nada. Luego, de repente, comprendió la causa de aquel ruido. Era una serpiente monstruosa, cuyo cuerpo, moteado de negro, reptaba a corta distancia de la cueva. Aladino la miró horrorizado y tembloroso, imaginándose lo que podría ocurrir si la serpiente se daba cuenta de su presencia.

Luego, rápidamente, se dispuso a protegerse. Muy cerca vió una roca de gran tamaño, que, más o menos, encajaría en la boca de la cueva. Despertó a sus compañeros, les dió cuenta

del peligro que corrían y, uniendo los tres sus fuerzas, arrasaron aquella roca hasta la entrada de la cueva.

De pronto, la serpiente monstruosa los vió y silbó con tal fuerza, que los tres hombres se quedaron aterrados. Y el horrible reptil se acercó a ellos, proyectando su negra lengua de un modo horrible.

Por fin la entrada quedó obstruída, mas, a pesar de ello, los tres hombres estaban temblorosos. La serpiente silbaba muy irritada en el exterior, y, aunque lo intentó varias veces, no consiguió penetrar en la cueva.

Los tres hombres ya no durmieron más aquella noche y al amanecer celebraron consejo para decidir lo que podrían hacer.

—Lo más conveniente — dijo Aladino — será esperar á que se marche la serpiente. Entonces quitaremos la roca y echaremos a correr. Nos alejaremos lo antes posible de estas montañas, porque es muy posible que haya otros reptiles como éste.

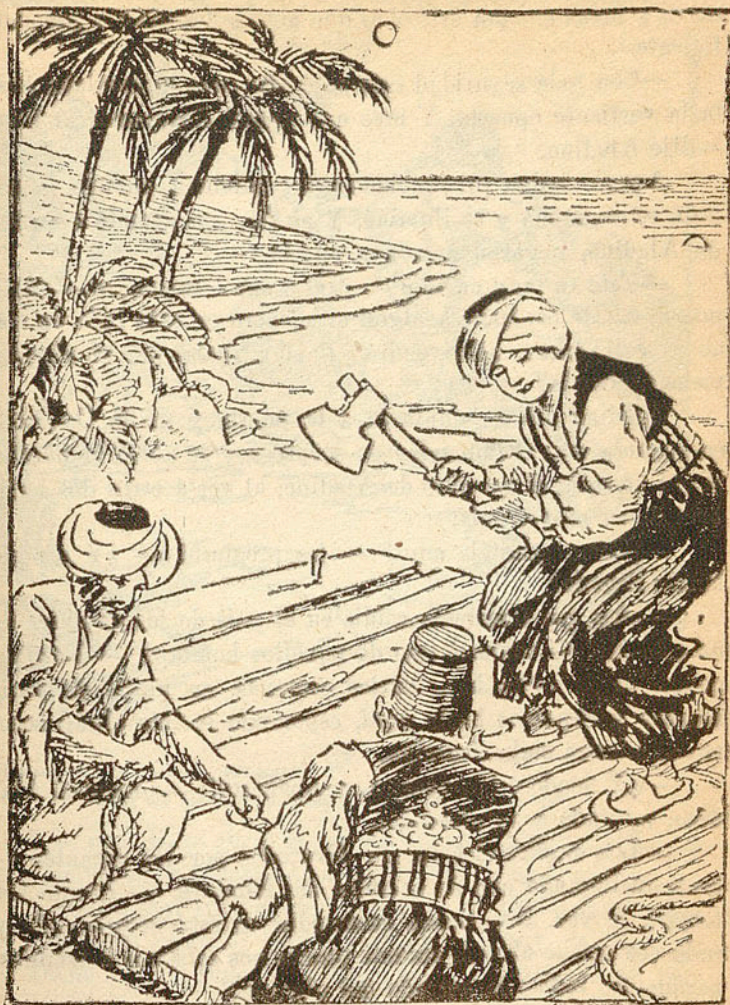
Los tres hombres estaban hambrientos y sedientos, pero no se atrevían a salir de la cueva.

Al amanecer del siguiente día, Aladino comprendió la necesidad de buscar otro medio. Quizá la serpiente pasaría allí varias semanas y, en tal caso, ellos se morirían de hambre o de sed.

—Convendría — dijo — explorar la cueva. Tal vez exista otra salida que no hayamos visto.

A tientas se encaminaron a la parte más profunda de la cueva y observaron que se estrechaba hasta convertirse en una especie de corredor. Echaron a andar por él, y en vista de que se prolongaba, Aladino tuvo la seguridad de que aquel paso debía de conducir a alguna parte.

De este modo anduvieron varias horas por la extraña galería, que, a veces, se ensanchaba para convertirse en una



Construyeron una hermosa balsa.

cueva y otras era tan estrecha, que apenas les ofrecía paso suficiente.

—Con toda seguridad este paso atraviesa la montaña hasta la vertiente opuesta. Y creo que pronto llegaremos al final —dijo Aladino.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando la galería se ensanchó y se iluminó. Y al fin, con grande asombro de Aladino, llegaron ante una puerta.

—Esto es muy curioso — dijo a sus compañeros. — Esta puerta ha de conducir a algún sitio, pero en este lado no tiene ni cerradura. ¿Convendrá llamar para ver si alguien viene a abrirla?

Aladino dió un puntapié a la puerta y gritó. Oyó casi en seguida una exclamación de sorpresa y se abrió la puerta. ¡Cuál no sería el asombro de Aladino, al ver a otros dos hombres de su propio país!

—¡Cómo! ¿Estáis aquí? — les preguntó. — ¿Y adónde hemos llegado?

—¡Ay, por desgracia estáis en el país de los gigantes de un solo ojo! — contestó uno de aquellos hombres. — Naufragamos en la costa hace varias semanas, en unión de otros muchos y llegamos hasta aquí, esperando recibir algún socorro en nuestra mala situación.

—¿Y dónde están vuestros compañeros? — preguntó Aladino, mirando a su alrededor.

—Los desdichados fueron devorados por los gigantes — contestó llorando uno de aquellos dos hombres. — Pronto nos llegará la vez. Nos tienen encerrados en esta enorme sala y cada vez que se abre la enorme puerta nos echamos a temblar, porque eso indica la entrada del gigante.

Aladino refirió todo cuanto les había ocurrido y su interlocutor se maravilló de la buena fortuna que tuvieron al escapar de la monstruosa serpiente. Mas apenas había terminado



Una de las balsas quedó destruída por la roca

el relato, cuando se abrió la puerta de par en par y entró un feo gigante, cuyo único ojo miró enojado a los hombres.

—¡Caramba! Hay cinco, cuando yo no había dejado más que dos. ¡Qué extraño! Invitaré a mis amigos a un festín.

Dicho esto, el gigante volvió a salir, cerrando de un portazo, en tanto que Aladino y sus amigos temblaban de espanto.

—Es preciso huir — dijo al fin Aladino.

—¿Cómo? — preguntaron sus asustados compañeros. —
No hay modo de lograrlo.

—Ocúltémonos detrás de la puerta — replicó Aladino —
y cuando vuelva el gigante, trataremos de pasar por entre sus
piernas. Es algo improbable, pero también el único recurso
que nos queda.

Inmediatamente se dirigieron todos a la puerta y pronto
oyeron el regreso del gigante, acompañado de un amigo. Se
estremeció la puerta y luego se abrió de par en par. Entonces
los cinco hombres salieron y echaron a correr como nunca lo
hicieran.

Quedáronse tan asombrados los gigantes, que de momento
permanecieron inmóviles, pero luego emprendieron la persecu-
ción, profiriendo gritos semejantes a truenos.

Los cinco hombres corrían por la ancha calle, mantenién-
dose lo más agrupados posible. No tardaron en divisar la orilla
del mar y vieron que en la playa había varias barcas con la
quilla al sol. Corrieron hacia una de ellas y se escondieron de-
bajo, antes de que los gigantes tuviesen tiempo de observar-
los.

—Permaneceremos aquí toda la noche — dijo Aladino — y
luego buscaremos un lugar más seguro.

Así lo hicieron, aunque temblando cada vez que oían pa-
sos. Pero nadie los descubrió y, en cuanto llegó la noche, sa-
lieron cautelosamente de su incómodo escondrijo.

Durante toda aquella noche siguieron andando por la pla-
ya, de modo que al amanecer se hallaban a muchas millas de
distancia del pueblo. Los árboles llegaban casi a la orilla del
mar y gracias a sus frutos los fugitivos pudieron calmar el
hambre.

—Si tuviéramos un hacha — observó Aladino — podrí-
amos derribar árboles y construir una balsa.

—Yo tengo una — dijo uno de los marineros que estuvie

ron en la casa del gigante. — Vamos a intentar este medio de salvarnos.

Con toda la rapidez posible, derribaron algunos árboles y también hicieron cuerdas con las fuertes plantas trepadoras que encontraron allí. Dispusieron y sujetaron muy bien los troncos cortados y, de este modo, tuvieron una buena balsa.

Sentían el mayor temor de que los gigantes pudiesen encontrarlos. Pero, por suerte, no se presentó ninguno. Los fugitivos cobraron ánimo y construyeron otra balsa, con objeto de que si una de ellas quedase destruida al recibir los embates de las olas, aún pudiesen disponer de otra.

—Mañana por la mañana nos embarcaremos y quizá la suerte nos acompañe, llevándonos a la ruta de algún barco, — dijo Aladino.

A la mañana siguiente embarcaron, cargaron en las balsas tanta fruta como les fué posible, así como, también, unas calabazas llenas de agua potable, y, utilizando unas ramas a guisa de remos, emprendieron su viaje.

Los desdichados remaron con el mayor vigor, mas antes de que pudiesen alejarse, los gigantes corrieron hacia la playa y recogieron unos pedruscos enormes, que arrojaron con extraordinaria fuerza.

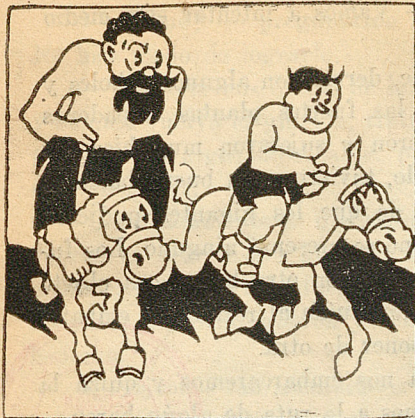
—¡Aprisa! ¡Aprisa! — dijo Aladino. — Es preciso alejarnos.

En breve estuvieron ya bastante lejos para que las piedras de los gigantes no pudieran alcanzarles. Entonces dejaron de remar para tomar algún descanso, muy alegres de que nadie hubiese resultado herido. Y decidieron navegar hacia el Oeste, con la esperanza de encontrar algún barco.

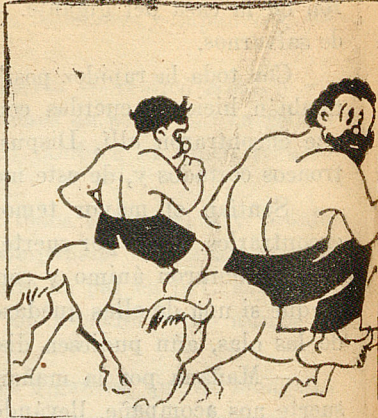
Por espacio de tres días con sus noches siguieron remando, sin ver otra tierra, aparte de la isla que habían abandonado y, al cuarto día, por fin, descubrieron una vela.

(Termina en la página 18)





1.—Cuando el gigante montó a caballo, el pobre animalito crujió como árbol que se quiebra, pero después galopó muy bien.



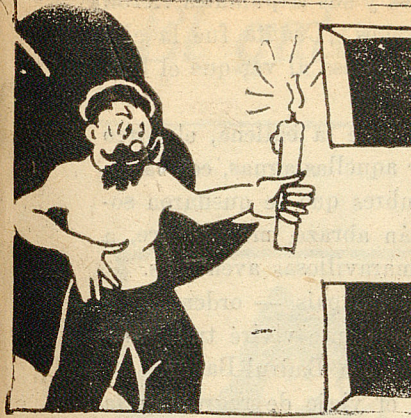
2.—Galopando, galopando, el gigante y Chascón cruzaron cerros y llanuras, en busca de Tarzán. Llegaron a una posada.



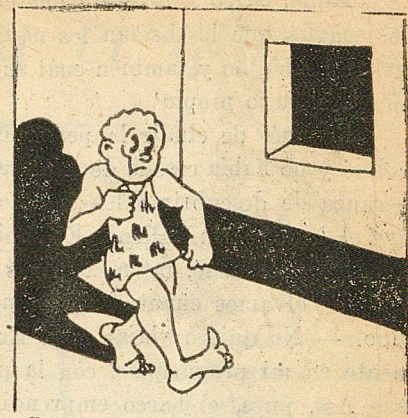
3.—El posadero era un hombre muy gordo y feo. Les dió de comer y en seguida los llevó a una pieza para que durmieran.



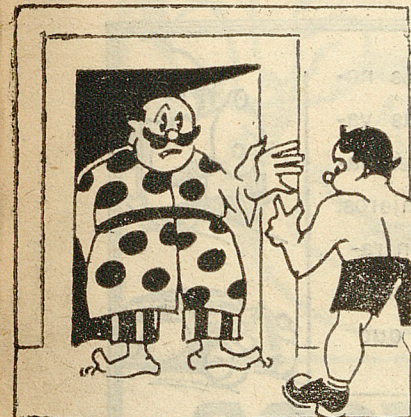
4.—Era ya muy tarde cuando Chascón sintió pasos en la pieza de arriba.
—Esos pasos son los de Tarzán—le dijo al gigante.



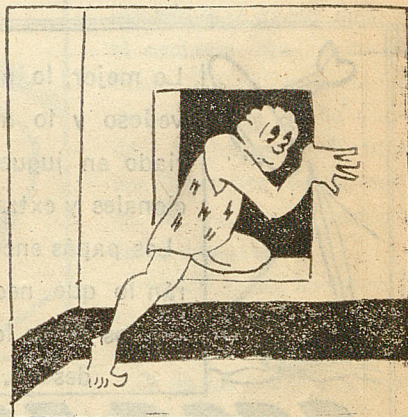
5.—El gigante salió con una vela en la mano. Como era tan alto, pudo mirar por la ventana.



6.—Vió a Tarzán que se paseaba de arriba abajo, pensativo. El gigante corrió a contarle esto a Chascón.



7.—Chascón bajó a hablar con el posadero. Este salió de su dormitorio, en camisa. Chascón le dijo que le entregara a Tarzán.



8.—Pero Tarzán alcanzó a oír las voces y, dando un salto peligroso, huyó por la ventana. El gigante alcanzó a verlo.

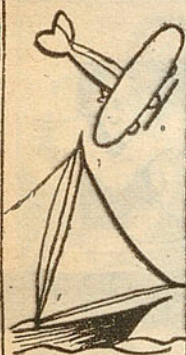
¿Qué podrá suceder ahora? ¿Está perdido Tarzán?

Aquel barco se dirigió hacia ellos y sus tripulantes vieron las señales que les hacían los naufragos. ¡Cuánta fué la alegría de Aladino y también cuál su sorpresa al ver que el barco era el suyo propio!

Después de eludir la persecución de la ballena, el barco volvió y no había cesado de explorar aquellas aguas, con la esperanza de descubrir a los tres hombres que se quedaron sobre el lomo de la ballena. El capitán abrazó, muy alegre, a Aladino y escuchó, interesado, sus maravillosas aventuras.

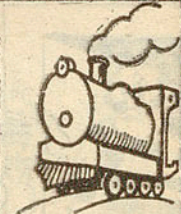
—Volvamos cuanto antes a nuestro país — ordenó Aladino. — No quiero viajar más. En adelante viviré tranquilamente en mi propio país, con la princesa Badrul-Badur.

Así, pues, el barco emprendió el viaje de regreso y la hermosa princesa sintió enorme alegría al ver, de nuevo, a su querido Aladino. Este no la abandonó ya más, y, en adelante, vivió felizmente en su hermoso palacio de oro y plata.



Lo mejor, lo más novedoso y lo más variado en juguetes nacionales y extranjeros.

Los papás encontrarán lo que necesitan, y los niños lo que desean.



CASA JACOB

ARMADA 23. — Santiago
Plaza Aníbal Pinto. — Valparaíso

El gato y el queso



Un hombre muy goloso se compró un día un queso enorme. Muy contento se fué a su casa y guardó el queso en un armario. Estaba dispuesto a comérselo al otro día cuando se mejorara del estómago.

Al poco rato de haber guardado el queso, oyó en el armario un extraño ruido. Un ratón se había metido ahí y estaba dándose un banquete. Entonces el hombre fué en busca del gato y lo encerró en el armario.

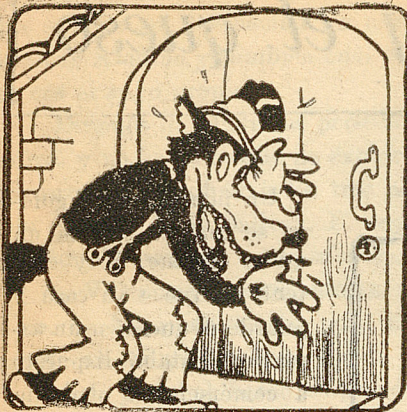
—¡Un ratón hay aquí! se dijo el gato, relamiéndose.

Y en un abrir y cerrar de ojos se comió al ratón como si fuera una nuez. Pero, en seguida, como continuaba hambriento, también se comió el queso.

El hombre goloso recibió así un justo castigo de su tontería. ¿Por qué no escondió el queso en otra parte?...

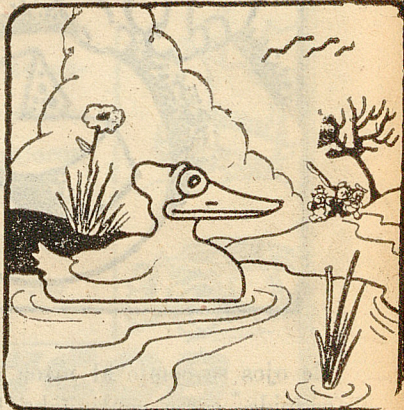
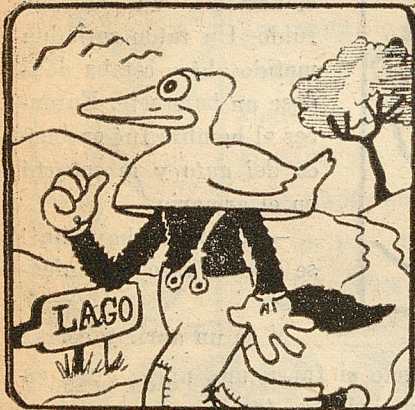
(M. R.)

Los Tres



1.—El lobo oyó que los chanchitos se disponían a ir a pescar al lago y tuvo una excelente idea para atraparlos.

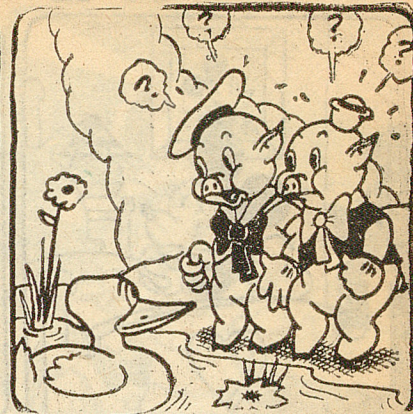
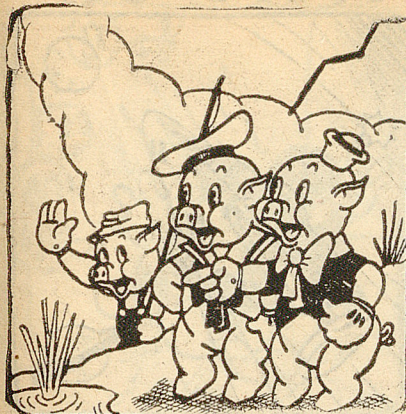
2.—Corrió a su casa a buscar un pato de cartón que tenía guardado...



3.—... Y colocándoselo en la cabeza, marchó al lago a esperar a los chanchitos.

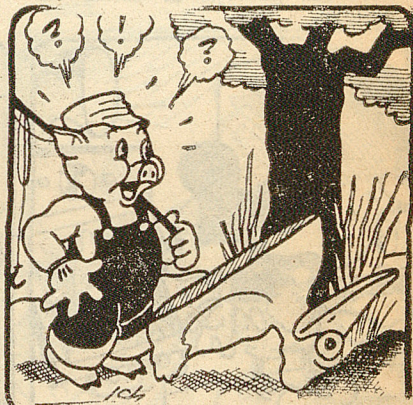
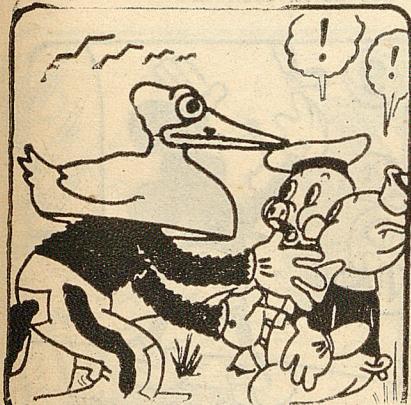
4.—Cuando los vió aparecer por el camino se sumergió, dejando sólo la cabeza con su extraño envoltorio fuera del agua.

Chanchitos



5.—El chanchito mayor se fué a pescar a unos pasos más allá y dijo a sus hermanos que no se descuidaran.

6.—Estos se extrañaron mucho al ver al inmenso pato acercarse a ellos... —No parece vivo, dijo uno...

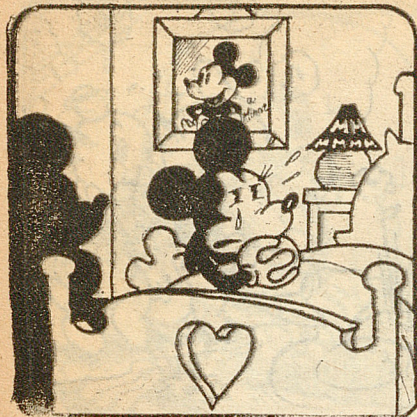


7.—...—Pero se mueve — dijo el otro. No habían terminado de hablar cuando el lobo salió de sopetón y los atrapó.

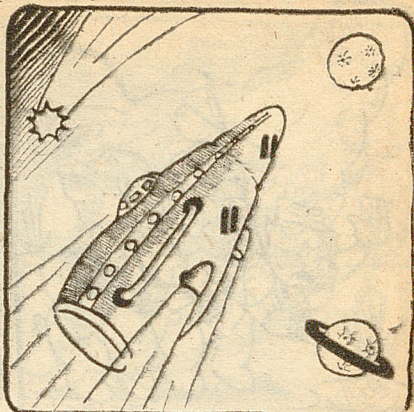
8.—El hermano cuando acabó de pescar fué en busca de sus hermanos y al ver el pato de cartón comprendió todo... —¡Este bandido pagará cara su fechoría! — se dijo.

(Continúa).

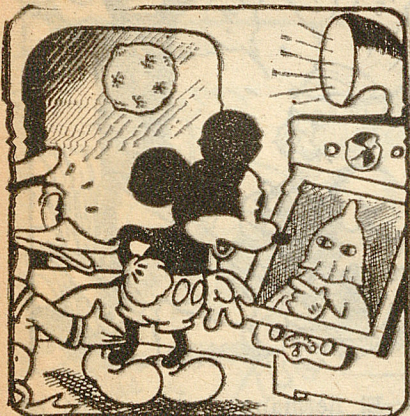
EL RATON



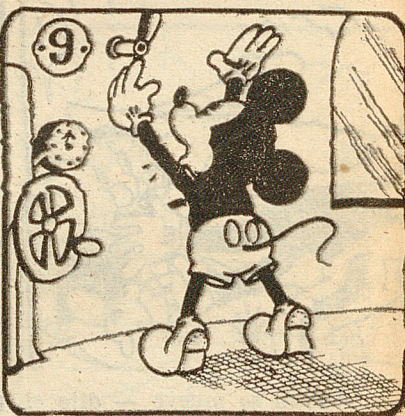
1.—¡Pobre Mickey! ¿Dónde estará? No he vuelto a saber más de él ni de Donald. Dios los proteja si están en peligro.



2.—Minnie no sabe que nuestros amigos han sido mandados al planeta Marte por los "Mafiosos de la Ciencia".



3.—La televisión. Habla Donald. Escuchemos.
—Un planeta pequeño está en el camino del aparato. Háganle el quite con la perilla.

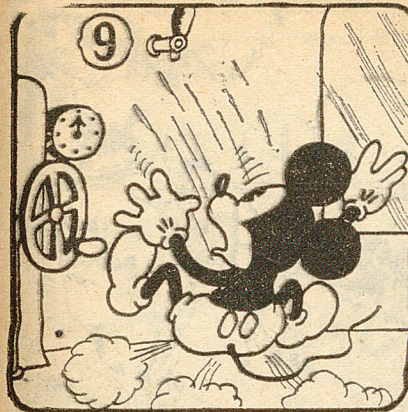


4.—Tenemos que evitar el choque y para eso hay que accionarla inmediatamente.

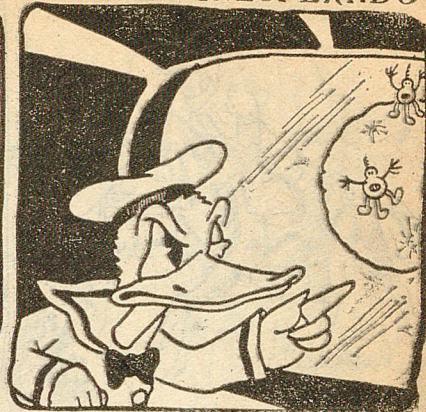
MICKEY

(M. R.)

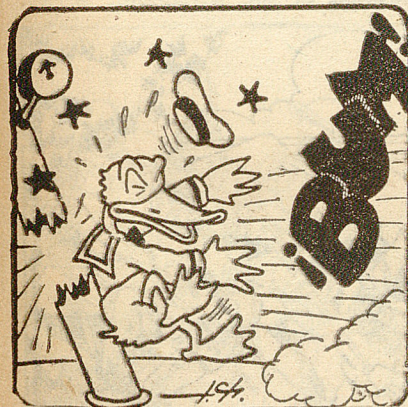
UN CHOQUE INESPERADO



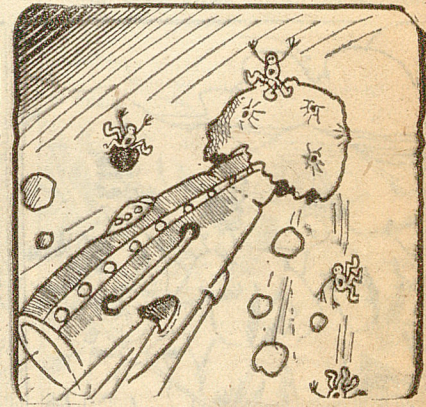
5.—¡Maldición! Me he caído y no tendremos tiempo para el viraje.



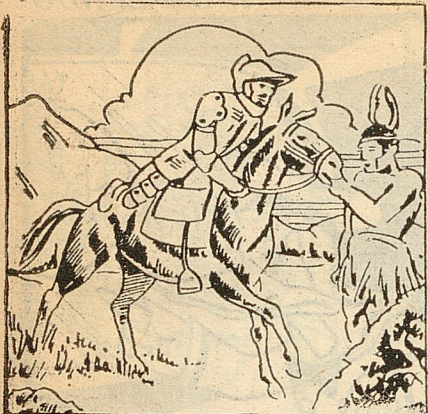
6.—Pero... ¿Qué espera este unbecil para virar? Nos acercamos a una velocidad fantástica al pequeño planeta.



7.—¡Cuac! ¡Cuac!...
—¡SOCORRO!



8.—Los tímidos habitantes del pequeño planeta están muy alarmados, y no es para menos: el choque ha sido feroz, pero el aparato sigue su marcha. (Continúa).



1.—Los españoles, al mando de don Diego de Almagro, habían acampado en Aconcagua. Los indios les obedecían sumisamente.



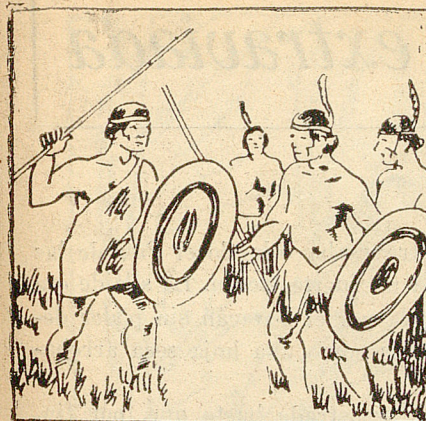
2.—Pero había un indio peruano, llamado Felipe, que era joven, valeroso y ambicionaba grandes cosas. Felipe estaba al servicio de los españoles.



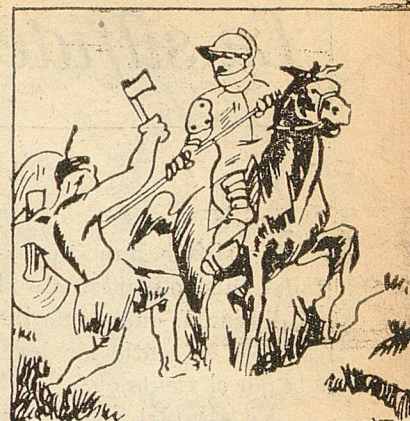
3.—Cansado de la crueldad de los conquistadores, reunió secretamente a los indios y les dijo que era necesario rebelarse sin miedo.



4.—A las órdenes de Felipe, los indios huyeron a los cerros, dispuestos a caer en seguida sorpresivamente sobre los españoles.



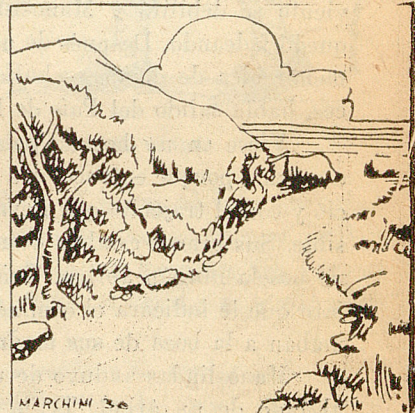
5.—Felipillo se sentía un general y aleccionaba a sus hombres. Pero Almagro estaba decidido a imponerse por la fuerza.



6.—Partió con sus soldados en persecución del indio. Hubo una brava pelea. Los indios se defendían como leopardos.



7.—Sin embargo, Felipe, cayó en poder de los españoles. Inútilmente trató de morir peleando. Fue apresado.



8.—En seguida, Almagro ordenó que descuartizaran a Felipe y que sus miembros fueran colgados en los árboles de los caminos.

La sílfide extraviada

La sílfide Manoslindas atravesaba volando el País de las Hadas cuando empezó a soplar un fuerte viento. La sílfide era tan diminuta, que se vió llevada por el huracán sin poder detenerse y se sentía tan indefensa como una hoja seca arrebatada por el viento otoñal.

En alas del viento siguió arrastrada hasta que, por fin, dejó atrás el País de las Hadas y se encontró en nuestro mundo. La pobre sílfide estaba asustadísima, causada, dolorida y jadeante, porque no sabía lo que sería de ella. Por último, el viento se debilitó y Manoslindas cayó al suelo, en donde se quedó jadeando. Después de un rato se puso en pie. No tenía la menor idea de donde se hallaba, porque nunca, hasta entonces, había salido del País de las Hadas.

Vióse en un bosque pelado y sobre el suelo cubierto de escarcha, porque entonces era invierno. Manoslindas se estremeció y con el trajecito que llevaba, procuró cubrirse lo mejor posible. Sus brazos estaban desnudos y tenía mucho frío, porque no poseía ningún abrigo. Tampoco pudo descubrir ningún pájaro que le indicara el camino y ni siquiera los conejos se asomaban a la boca de sus madrigueras.

Manoslindas anduvo de un lado a otro y, al fin, se sentó al lado de un árbol. Tenía tanto frío, que apenas se daba cuenta de lo que hacía y el cansancio le impedía mantener los ojos abiertos, de modo que dos minutos después se quedó dormida.

Allí pasó toda la noche casi helada. En cuanto amaneció



Encontraron a una sílfide media helada.

acercáronse dos niños paseando y al llegar al lado del árbol junto al cual estaba tendida Manoslindas, la niña se inclinó para atar la cinta de su zapato. En aquel momento vió, por casualidad, a la sílfide tendida al lado del árbol y se quedó muy asombrada.

—¡Enrique! Mira, ¿qué es eso? ¿No será una hada?

El niño se acercó, se arrodilló, tocó los pies y las manos heladas de la pobre sílfide y luego le acarició el cabello.

—No sé — dijo. — Me parece que si es una hada, no está viva. Quizá sea una muñequita olvidada por una niña.

—No — contestó la hermana. — Nunca he visto otra igual. Estoy segura de que es una hada y de que el frío casi la ha matado. Está helada. Vamos a cogerla y la llevaremos a casa para que se caliente. ¡Qué caso tan extraordinario, Enrique!

El niño sacó del bolsillo una caja de cartón vacía, metió en ella a la dormida sílfide, puso la tapa y, en unión de su hermana, regresó a su casa.

Una vez en ella pusieron la caja de cartón ante el fuego, de modo que su calor llegase a la dormida sílfide. Esta, poco a poco, se sintió algo mejor y al cabo abrió los ojos y miró sorprendida y aun con cierto temor.

Los niños se apresuraron a tranquilizarla, asegurándole que no pensaban hacerle ningún daño, sino todo lo contrario.

—Muchas gracias — contestó Manoslindas. — El viento me arrebató del País de las Hadas y no sé qué haré. Tengo hambre y frío.

—¡Oh, no te apures! Tengo una muñeca cuyo traje te sentará muy bien.

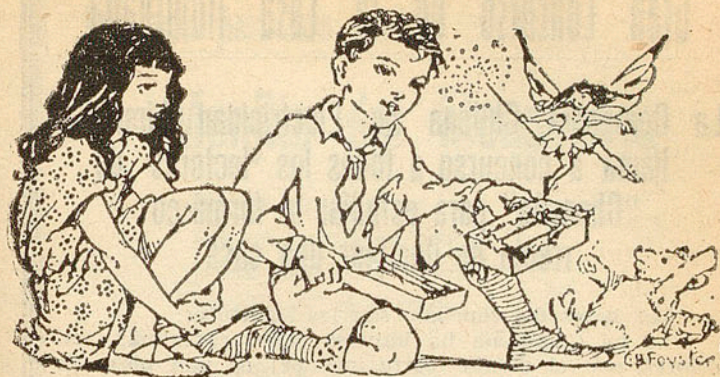
En efecto, la niña se apresuró a desnudar a su muñeca y con aquella ropa vistió a la sílfide, que se sintió mucho mejor.

—Ahora, si quieres — añadió — puedes ir a vivir a mi casa de muñecas, donde encontrarás sillas y aún espejos donde mirarte.

Manoslindas se apresuró a aceptar la invitación y, muy contenta, se asomó a la ventana, haciendo alegres señas a los niños.

—Ahora vamos a darte algo de comer — añadió la niña.

Fué en busca de un pastel, lo desmenuzó y luego llenó



Manos lindas emprendió el vuelo.

Un jarrito de leche caliente y lo ofreció a la silfide, que comió con el mayor apetito, porque estaba hambrienta.

—Muchas gracias — dijo a los niños al terminar. — Me habéis salvado la vida con vuestra bondad. ¿Cómo podré pagároslo?

—¡Oh, no vale la pena! — contestó la niña. — Nuestra mamá nos ha enseñado a ser bondadosos, sin esperar ninguna recompensa. Por ahora, quédate en esta casita y ya sabes que, cuantas veces quieras, podrás volver a esta casa.

La silfide agradeció el ofrecimiento y pasó dos días en compañía de los dos niños. Luego, aprovechando la circunstancia de que el tiempo era muy bueno y agradable, se despidió de ellos y prometió hacerles alguna visita.

Y cumplió su palabra, porque todos los años va a visitarlos dos o tres veces y en cada una de aquellas ocasiones no olvida llevar a los niños algunos de los maravillosos dulces del País de las Hadas, para demostrarles su agradecimiento.

Gran Concurso de la Casa Iluminada

La Compañía Chilena de Electricidad Limitada,
llama a concurso a todos los lectores de
"Chascón" para estudiar la forma co-
rrecta de iluminar una casa

Las bases del concurso son las siguientes:

1.º La Compañía ha impreso ocho cartulinas, en colores, con el dibujo (corte interior) de una pieza en cada una de ellas, y una cartulina con 35 modelos de lámparas o globos de iluminación.

2.º El concurso consiste en recortar las lámparas o globos del dibujo y pegarlas en las piezas, a gusto y elección del concursante, de manera de alumbrar la casa, de acuerdo con las necesidades de cada una de las piezas.

En el respaldo de cada cartulina irá además impreso un formulario para que cada concursante anote el número de watts (tamaño de la ampolleta), que corresponde colocar a cada lámpara, según sea el empleo que deba tener.

3.º La revista "CHASCON", publicará durante seis semanas, un cupón numerado; juntando 3 de estos cupones (es decir, cupones de 3 semanas), y presentándolos en las Oficinas de Propaganda de la Compañía, podrán recibirse las nueve cartulinas, con las últimas recomendaciones para hacer bien el trabajo.

(Vea la continuación en el próximo número).

Concurso de la Compañía Chilena de Electricidad Limitada

Cupón N.º 1

Nombre

Dirección

Romance para los niños

Monjita del Monasterio

Yo me quería casar
con un mocito barbero
y mis padres me querían
monjita del monasterio.

Una tarde de verano
me sacaron a paseo
y al dar la vuelta a una esquina
había un convento abierto.

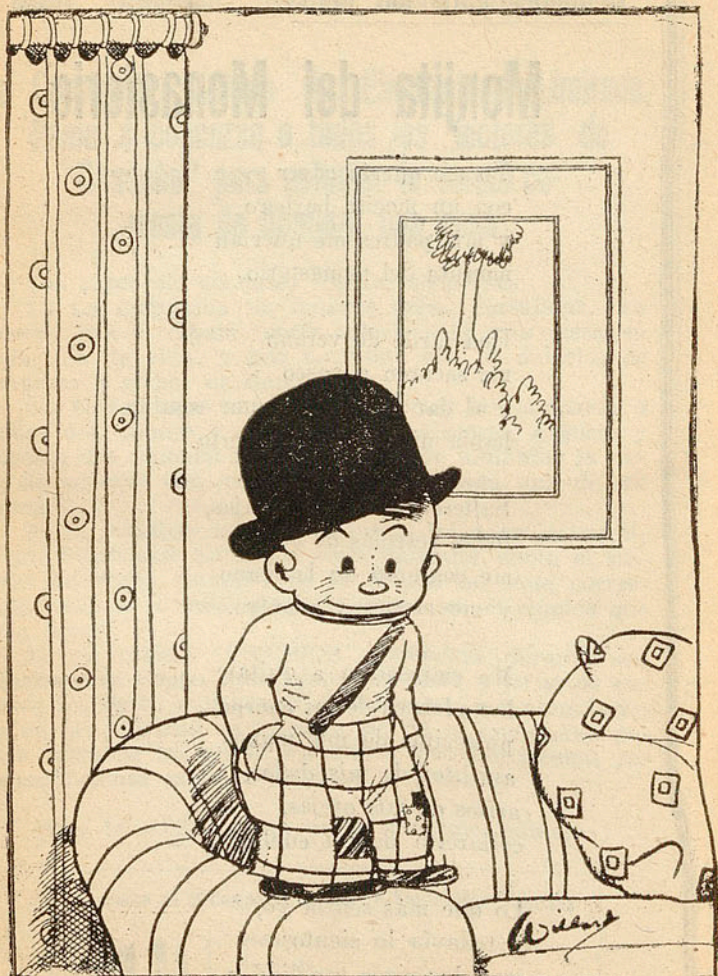
Salieron todas las monjas,
todas vestidas de negro,
me cogieron de la mano
y me metieron adentro.

Me empezaron a quitar
los adornos de mi cuerpo,
pulseritas de mis manos,
anillitos de mis dedos,
aritos de mis orejas,
collarcito de mi cuello.

Lo que más sentía yo,
y todavía lo siento,
eran los rizos tan lindos
y tan rubios de mi pelo.

Concurso de Navidad

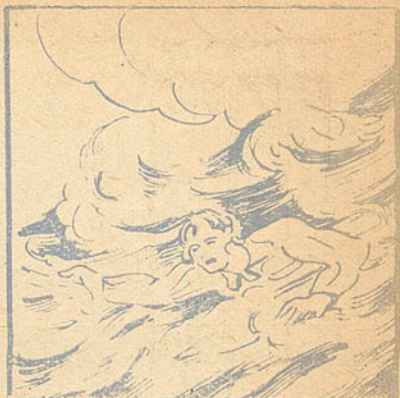
(CUADRO N.º 2)



PONGALE COLOR Y ENVIÉLO A ESTA REVISTA. PUEDE
OBTENER UN BUEN PREMIO



5.—Echaron una chalupa al agua y los tripulantes se largaron al mar. Vino una ola furiosa y volcó la chalupa. Robinson cayó al agua.



6.—Comenzó entonces a nadar desesperadamente, para alcanzar hasta la costa. Las olas jugaban con él.



7.—Por fin llegó a la playa desconocida. Una alegría loca se apoderó de su corazón. Pero todos sus compañeros perecieron en la tormenta.



8.—¿Qué hacer en aquella soledad?... No contaba sino con un cuchillo, una pipa y un poco de tabaco encerrado en una cajita.

Todo el mundo se preocupa de su cuerpo...

cuida de no perder el cabello o los dientes...
aún de no perder la línea! Pero son muy pocos los que se preocupan de no perder los ojos!
LA VISTA PERDIDA NO PUEDE RECUPERARSE!



EL 85 % DE LAS ENFERMEDADES DE LA VISTA PROVIENEN DE DEFECTOS DE ILUMINACION. USE USTED LUZ DIFUSA EN CANTIDAD ADECUADA A SUS NECESIDADES, Y EVITARA MOLESTIAS, GASTOS, Y EL PELIGRO DE PERDER PREMATURAMENTE SU VISTA.

Compañía Chilena de Electricidad Ltda.